

Los besos y el cine



AURELIO DE LOS REYES

Como espectáculo masivo, el cine ha influido en el público de maneras diversas: lo ha educado, enajenado, determinado; depende del punto de vista de quien se acerque a estudiar sus efectos. Lo innegable es el impacto que causó en la conducta humana durante su primer medio siglo de vida, cuando el público veía azorado las primeras imágenes en movimiento; sin embargo, cada sociedad reaccionó de diferente manera, según lo apreciamos en los usos amorosos. Fijémosnos en el beso, manifestación amorosa que presenciábamos en cualquier sitio público: en la calle, en los restaurantes, en las aulas y los prados de las universidades, en los aeropuertos, en las terminales de autobuses. Las parejas se besan tan apasionadamente que surge el comentario: "sobra ropa"; pero no pasa de ser un casto beso de amor, por apasionado que sea.

Existen infinitud de maneras de besar y de matizar el amor y la amistad a través del beso; puede darse un beso amistoso entre amigas, un beso de amor a los padres o a los hijos, o incluso un beso en la mejilla o en la frente entre varones, según costumbre belga o rusa que por inusual en México, cuando suele verse en películas, suscita comentarios.

Hay besos tiernos, dulces, afectuosos, voluptuosos, sabrosos, deliciosos, encantadores, ardientes, quemantes, ávidos, embriagadores, húmedos, impúdicos, castos, tímidos, temblorosos, furtivos, clandestinos, robados, otorgados, rápidos, largos, reiterados, redoblados, fríos, helados, pérfidos, traidores, agradables, desagradables, groseros, brutales, finos... ¡De todo hay, según la boca y el momento!¹

Pero hubo una vez en que el beso en público entre novios, esposos o amantes fue un acto prohibido en la Ciudad de México; debía darse a hurtadillas y, por lo tanto, tener lugar en un espacio privado; apenas alrededor de los años cincuentas co-

menzó a tolerarse abiertamente. No es errado afirmar que para hacer del beso un acto público permisible en México el cine constituyó un parteaguas, al grado de que se puede hablar del beso antes y después del cine. Incluso éste hizo públicas diversas técnicas de besar, a despecho de las protestas de grupos sociales:

No hace más de un lustro que nuestras graves señoras murmuraban del cinematógrafo porque allí las actrices se besaban "de veras" con los actores y hasta se permitían ofrecer gráficamente algunas lecciones de la ciencia del beso, que, desde Astarté, permanecía sin valor didáctico perceptible. Ahora carece de importancia y se encuentra a la misma altura que un tímido apretón de manos.²

El cine revela una gran variedad de costumbres alrededor del beso; nos muestra que los mexicanos se besaban "de trompita" o a la manera de los norteamericanos o europeos: juntando los labios y que, en cambio, los esquimales intercambiaban golpecillos de nariz en vez de besos, como lo aprendí en *Los jóvenes salvajes* con Anthony Quinn³ y *Nanuk el esquimal* de Robert Flaherty.⁴

¿Existirían formas locales o nacionales de besar antes de que el cine uniformara la manera de hacerlo?, pues según Amado Nervo en Japón al comienzo de esta centuria desconocían el beso.⁵ Difícil precisarlo porque las imágenes de las diversas expresiones artísticas que se han referido al beso —la pintura, la literatura, la fotografía— carecen de movimiento. En cambio el cine, al reproducir el movimiento, dio una tercera dimensión

² "El amor, los besos y el cine", en *El Universal Ilustrado*, 19 de agosto de 1920, p. 20.

³ *The Savage Innocents* de Nicholas Ray, 1960.

⁴ *Nanook of the North*, guión, dirección, fotografía y montaje de Robert J. Flaherty, 1922.

⁵ Amado Nervo, "La liga contra el beso", en *El Imparcial*, 6 de abril de 1908, p. 7.

¹ Carlos González Peña, "El beso cinematográfico", en *El Universal Ilustrado*, 2 de octubre de 1932, p. 3.

a las imágenes, además de proyectar los besos a un público numeroso en un salón a oscuras. Hizo público un acto privado ante la mirada azorada, atónita, sorprendida o escandalizada de millones de espectadores. El cine coadyuvó así a la aceptación del beso en público y a la uniformidad en la manera de besar; el cine ha sido un agente activo de la globalización que vivimos hoy.

El beso se asomó por primera vez a las pantallas en 1896, cuando Edison filmó la escena de una obra teatral interpretada por May Irwin y John Rice, en la que juntaban sus labios en un beso de amor ficticio. En los Estados Unidos la película conmocionó a la sociedad; en cambio, en México se exhibió sin pena ni gloria en un saloncillo de la Agencia Edison en las calles de Profesa. No suscitó comentarios de la prensa ni parece haber sido motivo de furibundos sermones en los pulpitos de las iglesias, como sucedió en los Estados Unidos.⁶

En México en 1899 había veintidós salones de cine improvisados en barracas ubicadas en barrios populares, donde cada noche se suscitaban pleitos y reyertas entre actores y público por la escasa o nula vigilancia policiaca; parece que los novios no escogieron estos salones como el sitio ideal para besarse, seguramente porque más que películas se presentaban variedades musicales, lo cual significaba que había mucha luz y mucho barullo.

Desde 1906, época en la que empezaron a proliferar las salas en la Ciudad de México, hubo cines en los que se congregaron espectadores para pecar. En 1907 el empresario que alquiló el teatro Lírico para exhibiciones cinematográficas prohibió la entrada a las prostitutas, que hacían su agosto en los palcos y en las filas traseras del segundo y tercer niveles; el mal comportamiento cundió al grado de que no pocos empresarios tenían su propia policía y en los anuncios publicados en la prensa garantizaban "moralidad", ante la ineficacia o complicidad de los guardianes del orden municipales. Por supuesto, también había cines a los que el público asistía a presenciar el espectáculo sanamente. Sin embargo, con intenciones sanas o aviesas, los enamorados aprovecharon la oscuridad de los cines para, a hurtadillas, intercambiar expresiones y manifestaciones de amor.

En otros países, los novios aprendían más rápidamente a besar en la oscuridad de las salas, al grado de que en 1908 Amado Nervo informó que una Liga Contra el Beso ganaba terreno en Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, naciones protestantes; no así en Francia, "país del beso", ni en Italia, "país de los besos", naciones católicas.

Generalmente esta liga [...] está formada no por doncellas abriñeras, sino por respetables señoras, que pasan de los cuarenta, que tienen la esbeltez de líneas de una escoba, y que llevan almacenadas en la sesera un viejo romance de amor desgraciado y tres o cuatro manías.

Entre estas damas hay muchas que usan gafas y que han nacido en Boston o en Oxford. Todas han releído hasta la saciedad la Biblia, la han interpretado y son, además, generalmen-

te, vegetarianas, herbívoras o frugívoras. Con ellas trabajan por la extinción del beso dos o tres médicos [...] que] pasan de los cincuenta. Los facultativos de 30 o 40 años y aún un poco más, no son adversarios del beso.

No creen que sea un instrumento de contagio; o si lo creen, su fe vacila con frecuencia. Los hombres por lo común difícilmente se dejan alistar en estas filas "osculófobas". El beso en su concepto, el beso de amor sobre todo, es inocuo.

Acaso no gocen de la misma prerrogativa los besos que las mujeres se aplican en sendas mejillas: éstos sí pudieran ser antihigiénicos. Insípidos lo son desde luego... pero los otros, los que se dan de boca a boca, los cantados en todos los tonos por los poetas de todos los siglos es imposible que contagien de nada... como no sea de amor.⁷

Durante la Revolución y con el relajamiento de la vigilancia, los cines se convirtieron, además de constituir centros de diversión, en centros de perdición, como lo narran los informes de inspectores de Diversiones Públicas del Ayuntamiento y las notas periodísticas —donde no es raro encontrar la historia vulgar de un galán de tránsito fugaz por la capital (porque pertenecía a algún contingente de revolucionarios que entraba o salía de la Ciudad de México, o era algún refugiado llegado de la provincia y, por lo mismo, escondido en el anonimato), que invitaba al cine a una joven para seducirla aprovechando la oscuridad—, sobre todo durante la dictadura de Huerta, el gobierno de la Convención y los dos primeros años del gobierno del señor Carranza, antes de que se iniciara una enérgica campaña "moralizadora", porque en la oscuridad se practicaba algo mucho más que besos.

Las parejas vieron cómo las divas italianas dejaban que su galán las besara suave, apacible y eróticamente, entornando los ojos para indicar el éxtasis que los poseía, al grado de que, como comentó una señora, parecían besos de "a de veras", sobre todo en los filmes exhibidos a partir de 1913, como *Muero... pero mi amor no muere*,⁸ con Lyda Borelli.

Si en la comedia del Siglo de Oro del teatro español la dama ofrecía su mano a un caballero para ser besada en prueba de amor (símbolo de la entrega), las divas del cine italiano ofrecían no su frente, ni su mano, ni su mejilla, sino sus labios para recibir un beso sensual y apasionado dado en la intimidad de una alcoba o en la soledad de un paisaje, beso solitario e íntimo que testificaban millones de espectadores. La intimidad se volvió pública. El cine norteamericano tomó del cine italiano esa manera de besar, por lo cual en México no hubo ruptura en el aprendizaje cuando el cine norteamericano sustituyó al italiano en el gusto del público.

Para evitar no sólo los excesos amorosos, sino los simples abrazos y los castos besos de novios, el artículo séptimo del Reglamento de Diversiones Públicas de 1921 ordenaba que todos

⁷ Amado Nervo, *op. cit.*

⁸ *Muero... pero mi amor no muere* (*Ma l'amore mio non muore*), producción: Film Artística Gloria, Torino; dirección: Mario Caserini; intérprete: Lyda Borelli, 1913.

⁶ Charles Musser, *The Emergence of Cinema: The American Screen to 1907*, University of California Press, Los Ángeles, 1994, p. 118.

los cines debían contar con cierta cantidad de focos color verde, a fin de que “la luz no moleste, y sí impida inmoralidades”,⁹ porque las películas norteamericanas mostraban besos “de permanencia voluntaria”.¹⁰

Carlos de Velasco, culto escritor cubano, es el autor de una deliciosa crónica intitulada “El arte de besar”, en la que nos habla del beso en todas sus formas, dándonos de él la más curiosa y completa nomenclatura. Y agrega que, a pesar de que Nueva York tiene fama de ser Ciudad donde se besa mucho, en este aspecto París la deja pequeña. Si el cronista después de visitar la Ciudad Luz fuera a Hollywood, tal vez modificara su opinión, pues basta ver cualquier producción cinematográfica para quedar atónitos ante la infinita variedad y refinamiento en el besar de que hacen gala en sus producciones las reinas de la pantalla.¹¹

Continuó la campaña moralizadora. La policía inició razias contra novios besadores en plazuelas y cines. En una ocasión “no menos de diez parejas de temperamento sensual inmoderado cayeron en manos de los agentes”.¹² Por “discreción” el diario no pormenarizó “los actos que cometían los jovencillos de barrio y las muchachas. Bástenos decir que no escaseaban los besuqueos, los abrazos, los acercamientos, etcétera”. Los detenidos fueron remitidos a la comisaría de policía, “donde en medio de la vergüenza pública las jovencitas fueron severamente amonestadas con promesa de que se les seguirá vigilando, y los caballeretes quedaron detenidos para recibir el condigno castigo”.¹³ En el cine Obrero, Zacarías Malacara y su novia se besaban cuando de pronto se encendió la luz por la voz de alarma de un chismoso a la empresa, “y en medio de la rechifla más espantosa, fueron sacados del salón y conducidos a la novena comisaría”; en el camino, la muchacha se desmayó; él intentó el suicidio.¹⁴

En 1926 el gobierno de la ciudad prohibió el beso no sólo entre los novios, sino entre cualquier pareja, así estuvieran casados por cuanta ley había. Los policías adquirieron una linterna sorda con la que, además de su revólver, incrementaron sus ingresos por las no tanto jugosas como numerosas *mordidas*, pues se dedicaron a cazar a los besadores, sin tomar en cuenta condición y situación social y legal. En Huipulco, delegación Tlalpan, un motociclista, pistola en mano, amenazó a un señor por aceptar un beso de despedida de su sobrina; ante las argumentaciones de que no había delito qué perseguir, puesto que se trataba de un beso respetuoso entre familiares, se

acercó otro motociclista “y aquel caballero tuvo que pagar cinco pesos a cada uno de los servidores de la comuna [...] para quedar en libertad”.¹⁵

Con esta tenaz persecución contra el beso, los enamorados no saben ya dónde refugiarse, pues en la actualidad, las ordenanzas policiacas han abolido la romántica costumbre de que los novios platiquen por las ventanas a la usanza andaluza.¹⁶

Se inició el contraataque de la sociedad y de la prensa. La señora Graciela Deledda de Orihuela, detenida y llevada a prisión por despedir en la penumbra a su esposo con un beso, escribió una carta enérgica difundida por la prensa.¹⁷ El 2 de octubre de 1927 se declaró la libertad del beso y se ordenó a la policía no intervenir “en actos como los señalados, siempre y cuando no existan además hechos de importancia y gravedad mayores que justificadamente se califiquen como ultrajes a la moral y a las buenas costumbres”.¹⁸

El Universal realizó una encuesta sobre esta medida. Unánimemente se alabó a sí misma la policía, incluido el procurador de Justicia, quien afirmó ser partidario “del beso libre”. Por su parte, Agustín Trejo Mancilla, chofer de taxi, narró su experiencia:

mire usted, para mí, francamente no tiene nada de novedoso este asunto. Yo trabajo una semana de día y una de “velada” y francamente para mis clientes más o menos alegres y más o menos enamorados, la prohibición no ha existido jamás y si algunos la conocían, abiertamente demostraban ignorarla. En mi larga experiencia de chofer de sitio (tengo ya cinco años manejando), el beso a bordo para mí es ya una cosa común y corriente. Todo mundo se besa, señor. Unos más, otros menos. Unos cariñosos, otros de un modo extraño. Algunos prefieren la noche, otros el día, allá por las calzadas lejanas y las colonias silenciosas. Pero todos se besan. [...] y cuando los besos “granizan”, me pongo a silbar *A media luz*.¹⁹

“Alguna señora casada, mandó a nuestro [reportero] a preguntar su opinión al esposo; otras chicas no se dieron por aludidas porque conocen la sombra de los cines”.²⁰

El anecdotario sobre los incidentes ocasionados por los besos en los cines es interminable y gracioso. Baste decir que a través de los testimonios hemerográficos y novelísticos se observa claramente la manera en que el cine determinó que un acto privado, el beso erótico, fuese aceptado como un acto público. ♦

⁹ “Instrucciones a que deben sujetarse estrictamente los ciudadanos inspectores de diversiones en los teatros y cines de esta ciudad”, en *Boletín Municipal*, tomo VII, núm. 10-14, 30 de septiembre de 1921, p. 742.

¹⁰ “El vértigo de los labios”, en *Revista de Revistas*, 3 de mayo de 1925, p. 22.

¹¹ “Los besos de las estrellas de cine”, *op. cit.*, p. 24.

¹² “Una cruzada de la policía en pro de la moralidad”, en *Excelsior*, 4 de julio de 1922, p. 7.

¹³ *Idem*.

¹⁴ “El archivo de la delincuencia”, en *El Demócrata*, 7 de marzo de 1924, p. 12.

¹⁵ “No saben los enamorados dónde poder refugiarse”, en *El Universal*, 23 de mayo de 1926, segunda sección, p. 1.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ Jacobo Dalevuelta, “Entrevista al procurador de Justicia del Distrito Federal”, en *El Universal*, 28 de abril de 1927, segunda sección, p. 1.

¹⁸ “El beso es libre en la metrópoli”, en *El Universal*, 3 de octubre de 1928, p. 1.

¹⁹ “El beso y lo que se dice del ‘beso libre’”, en *El Universal*, 4 de octubre de 1928, segunda sección, p. 3.

²⁰ *Idem*.